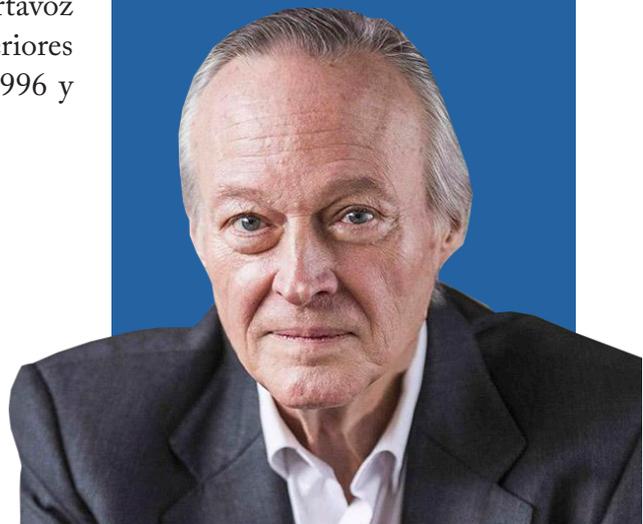


Presidente de la Fundación Iberoamericana Empresarial, presidente del Centro Internacional de Toledo por la Paz, Presidente del Foro y la Fundación España-Japón, presidente de Honor de la Cámara de Comercio España-Corea, presidente fundador y presidente de honor de la Asociación para la Búsqueda de la Excelencia (ABE), patrono de Euroamérica, CEAPI, FAES, Juntos Sumamos, España Constitucional y miembro de distintos consejos científicos (Instituto Atlántico de Gobierno, Real Instituto Elcano).

Experto en asuntos internacionales, sobre todo relacionados con la geopolítica y la geoeconomía, así como conferenciante y autor de numerosos artículos y libros, entre los que destacan *Cambio de Era*; *Escucha, España. Escucha, Cataluña*; y *El mundo que nos viene*. Ha ocupado, entre otros cargos, los de Consejero independiente de AENA, Senior Advisor de Boston Consulting Group, Vicepresidente de Corporate Finance de Alantra, Vicepresidente del Círculo de Empresarios, miembro del Consejo de AIRBUS, presidente de Vueling y Vicepresidente y Consejero Delegado del Grupo OHL. Actualmente es Presidente de ITP Aero, Presidente de Pasiphae Consultora Internacional. Asimismo, es consejero de SEAT, Volkswagen Navarra y Amadeus. Ha sido ministro de Industria y Energía, ministro Portavoz del Gobierno, ministro de Asuntos Exteriores y ministro de Ciencia y Tecnología entre 1996 y 2003.

Josep Piqué

Exministro de España
y experto en relaciones
internacionales y
geopolítica



EL FUTURO de la relación transatlántica

Josep Piqué

Las relaciones transatlánticas se inician a finales del Siglo XV con el Descubrimiento de América por la expedición encabezada por Cristóbal Colón, con el impulso de la Corona de Castilla durante el reinado de los Reyes Católicos. Es el punto de partida de una larga serie de nuevas expediciones con las que la Corona española fue consolidando su dominio político sobre una gran parte del nuevo Continente.

Un dominio que dura tres siglos, hasta principios del Siglo XIX, cuando se suceden los procesos de independencia, generalmente propiciados por las burguesías criollas locales y que dan lugar, en términos generales, al mapa actual de diferentes repúblicas soberanas. En esos tres siglos, no exentos desde el principio de episodios trágicos y violentos, pero que, a su vez, acaban también con otras posiciones hegemónicas preexistentes basadas asimismo por el uso violento de la fuerza, hubo una plasmación de un orden político y administrativo, basado en virreinos -que no colonias-, en la aplicación del derecho compartido con la propia España y en una intensísima labor de promoción cultural y económica que generó durante mucho tiempo una prosperidad en los nuevos territorios, mayor incluso que en la metrópoli peninsular.

No podemos negar la Historia ni ignorarla, pero hay que verla en toda su complejidad, sin apriorismos ideológicos basados en el prisma del presente, y que, muy a menudo, pretenden reformularla fraudulentamente para alimentar sus propios objetivos políticos.

Pensar esos tres siglos como un paréntesis trágico entre un pasado imaginariamente feliz, perturbado por los llegados del otro lado del Atlántico, y una independencia emancipadora que inicia un nuevo ciclo político basado en la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos, es una evidente falacia. Ni el pasado anterior fue feliz ni la nueva fase ha significado, en muchos casos, una mejora real en las condiciones de vida de los ciudadanos, ya sean indígenas, mestizos o descendientes de los españoles y otros europeos, que no hubiera sido posible en el período de dominación por parte de la Corona española. Algo similar podemos decir en lo que se refiere a los dominios de la Corona portuguesa.

Y lo que resulta paradójico es que la dominación por parte de otras potencias europeas y, particularmente, del Reino Unido (y de Francia), que tuvo una naturaleza estrictamente colonial y mucho menos respetuosa con los pueblos originarios, no genere el tipo de debates que hoy

dominan en buena medida en torno a las impresionantes gestas de los descubridores y conquistadores españoles o portugueses.

Hay que hacer mucha pedagogía, hacer una lectura honesta del pasado por parte de todos y, a partir de ahí, mirar hacia el futuro. Aprovechando al máximo el legado común, empezando por una lengua pujante y que comparten centenares de millones de personas, muchas de ellas con vínculos familiares y afectivos muy profundos. Pero también unas raíces culturales que, en maravillosa simbiosis, impregnan hoy ese acervo común que llamamos la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Que se ha ido enriqueciendo con crecientes vínculos económicos y unos valores que nos conectan a todos, hoy, con los que identificamos como los valores occidentales, ligados al intercambio atlántico, y que se fundamentan en la libertad y la igualdad de las personas y en el respeto a sus derechos y a su dignidad. De ahí, que la reivindicación de un pasado previo al Descubrimiento busca, en realidad, una legitimación distinta del poder político no basado en el legado occidental. En la práctica, gobiernos autoritarios, economías intervenidas y sociedades controladas. Una de las formas en las que se concretan los populismos antidemocráticos de diferente signo.

Por todo ello, es imprescindible destacar lo muchísimo que tenemos en común y lo mucho que tenemos que hacer aún en común, desde el respeto mutuo y la voluntad de seguir construyendo un mejor futuro.

Por todo ello, cuando hablamos de relaciones transatlánticas, debemos verlas en toda su complejidad, incluidos los enormes flujos humanos, demasiadas veces forzados, provenientes del continente africano o, ya más modernamente, del continente asiático.

Y cabe insistir en ello porque, por circunstancias que ahora veremos, contemporáneamente se identifican las relaciones atlánticas con las que se derivan del llamado vínculo anglosajón entre los Estados Unidos (y Canadá) con el Reino Unido. Y eso es, evidentemente, una simplificación excesiva.

La explicación es muy clara y deriva del escenario geopolítico derivado del final de la II Guerra Mundial. La victoria sobre los fascismos por parte de los aliados deviene inmediatamente en un conflicto muy profundo entre los mismos.

Es un conflicto holístico y sistémico. Dos mundos contrapuestos en su concepción de la política (democracias vs dictaduras del proletariado), la economía (libre mercado y libre iniciativa privada con derecho a la propiedad vs economías planificadas centralmente) o la sociedad (sociedades abiertas con garantía de la libertad y la igualdad de los ciudadanos frente a abusos o arbitrariedades de los poderes públicos vs sociedades controladas totalitariamente por el poder político y sin

Cuando hablamos de relaciones transatlánticas, debemos verlas en toda su complejidad, incluidos los enormes flujos humanos, demasiadas veces forzados, provenientes del continente africano o, ya más modernamente, del continente asiático

libertades básicas como la de expresión o de prensa). En definitiva, dos concepciones que dividen el mundo en dos bloques antagónicos, apenas conectados entre sí y con la amenaza de la destrucción mutua asegurada. Una amenaza que impide la confrontación bélica hasta sus últimas consecuencias, desmintiendo la Trampa de Tucídides, y que, en base al equilibrio del terror, denominamos como Guerra Fría.

Aunque la Trampa de Tucídides se expresaba en todos los demás terrenos, incluidas contiendas bélicas “proxy” en diferentes partes del globo, como la península de Corea, el Sudeste asiático, África o el centro y el sur de América Latina.

Dado ese equilibrio citado parecía que, ante un aparente empate permanente, ese escenario bipolar iba a marcar nuestro futuro y mucho más allá. De ahí que, después de dos décadas de fuerte tensión, se optara por la llamada “coexistencia pacífica”, en un mundo dividido y con una Europa partida por el “telón de acero”, escenificado muy visualmente por el Muro de Berlín.

Además, se cristaliza un orden internacional con instituciones multilaterales que articulan un “orden liberal”, en paralelo y muchas veces al margen del vigente en el bloque opuesto. Un orden liberal claramente dominado por Estados Unidos.

Es precisamente en ese escenario que nace el vínculo atlántico tal como lo conocemos hoy. Es el vínculo en el bloque occidental entre Norteamérica y el oeste de Europa, para hacer frente a la amenaza soviética. La plasmación más evidente de ese vínculo es la Alianza Atlántica, u Organización del Tratado del Atlántico



Firma del Tratado del Atlántico Norte en Washington en 1949.

Norte (OTAN), firmado en Washington en 1949 y que, con una evidente supremacía estadounidense, se responsabiliza de la seguridad y la defensa de Europa Occidental, vitales para los propios Estados Unidos para consolidar su status de gran superpotencia, frente a la Unión Soviética. Es un vínculo que habla en inglés, un vínculo anglosajón, en el que el Reino Unido desempeña un papel de “enlace” entre las dos orillas del Atlántico. La OTAN ha sido un auténtico éxito, jugando un papel clave en la contención, primero, y en la derrota, luego, del bloque encabezado por la Unión Soviética. Aunque no sin tensiones internas, como la protagonizada por Francia, en la época del General de Gaulle, separándola de la estructura militar de la Alianza, aunque no de su organización política, precisamente por ese sesgo claramente anglosajón y que De Gaulle creía que afectaba excesivamente a la soberanía de Francia como poder nuclear. En cualquier caso, nunca afectando al Artículo V del tratado, por el que un ataque a cualquiera de los miembros de la Alianza sería interpretado como una agresión a todos ellos y obligando a una respuesta conjunta.

La OTAN es desde el principio una Alianza asimétrica. La mayor parte de los costes y los esfuerzos humanos y materiales, incluidos el suministro de armamento, corresponden a Estados Unidos, en contrapartida a la cesión práctica de soberanía por parte europea en un tema tan central como su propia

seguridad y defensa. Descansa, más allá de la capacidad nuclear limitada de Francia y el Reino Unido, en el “paraguas nuclear” norteamericano y a su apuesta por descompensar los equilibrios estratégicos y tácticos con la URSS. El debate sobre los misiles de corto y medio alcance en Europa (SS20 por parte soviética y los Cruise y Pershing 2 por parte occidental, es un buen ejemplo de ello. El doble despliegue deja a la Unión Soviética en inferioridad táctica en el territorio europeo y esa descomposición llega a su culminación con el desarrollo por parte de Estados Unidos del llamado “escudo anti-misiles”. La inferioridad es ahora también estratégica. Es la plasmación del “desempate” y una clara señal de victoria occidental.

La Alianza consagra su gran victoria sin pelear, cuando cae el Muro de Berlín en noviembre de 1989 y poco después, en las Navidades de 1991, hace treinta años, colapsa la Unión Soviética.

Desde entonces, existe un debate sobre el papel de una Alianza que se había quedado sin oponente explícito. De hecho, la victoria indiscutible de Occidente lleva a plantear un “fin de la Historia”, ante la clara hegemonía de una única superpotencia y su capacidad de generar la extensión de sus valores a todo el orbe. Un mundo en el que los conflictos de dirimirían de forma pacífica ante la atenta mirada del único gran poder efectivo.

Tal escenario, unipolar, pronto se mostró irreal. Lo vimos un 11 de septiembre del 2001 cuando Estados Unidos es objeto de un ataque asimétrico y trágico en su



Bucarest, Rumanía, durante una rueda de prensa de la OTAN en 2021. / Foto: Moira M.

propio territorio continental, afectando de forma más que simbólica al poder político, económico y militar, expresados por los objetivos señalados por el terrorismo internacional de matriz islamista radical. Un enemigo claro que busca la destrucción del adversario y el orden que representa y que ha generado una respuesta -la guerra global contra el terror- que, habiendo conseguido algunos objetivos, ha generado también una dinámica que, en la práctica, ha debilitado la posición objetiva en el mundo de los propios Estados Unidos.

Pero, además, de forma paradójica, la victoria occidental desencadenó la eclosión de inercias y potencialidades que estaban hibernadas durante la Guerra Fría. Han surgido, así, nuevas y formidables potencias que cuestionan la supremacía norteamericana, de nuevo en todos los ámbitos. La más importante, obviamente, es China. Pero también asistimos a un retorno de la historia entendida como la pugna por las áreas de influencia y que incluye a Rusia, a Turquía o a Irán, rememorando los pasados imperiales de su propia trayectoria pasada. E incluye, asimismo, a nuevas potencias regionales como India o incorpora a ese nuevo “gran juego” a países como Japón, Australia, Indonesia y otros. Estamos ya en un mundo postoccidental.

Se está configurando un mundo bipolar imperfecto, en el que la gran pugna por la hegemonía global es entre China y Estados Unidos (estamos de nuevo ante la Trampa de Tucídides), pero con otros

poderes regionales que reivindica su propio papel y con sus propias reglas.

Como es natural, todo ello afecta directamente a la OTAN, en la medida en que el centro de gravedad del planeta se ha desplazado al eje Indo-pacífico, en detrimento del eje atlántico, base fundadora de la Alianza.

Durante los primeros años post-Guerra Fría, la OTAN fue ampliando su ámbito con la incorporación de países exsoviéticos, como las Repúblicas Bálticas, o antiguos países satélites e integrados anteriormente en el Pacto de Varsovia. Un refuerzo del alcance geográfico pero que fue interpretado por Rusia como una amenaza a su propia seguridad, iniciando un proceso de recuperación de áreas de influencia y marcando claramente los límites de tal ampliación. Lo vimos de forma meridiana con las intervenciones militares rusas en Georgia, a principios de siglo, o más recientemente, en el conflicto con Ucrania y la incorporación de Crimea o en la presencia constante y decisiva de Rusia en los diferentes conflictos que asolan Oriente Medio o el Norte de África.

La Alianza vuelve a tener, pues, un adversario identificable. Pero no es el mayor adversario para Estados Unidos, que está concentrando sus esfuerzos y sus alianzas en el Indo-Pacífico, como acabamos de ver con la revitalización del Quad (con Japón, Australia e India) o la firma del AUKUS con Australia y el Reino Unido.

Tal concentración, forzada también por el cansancio de la sociedad norteamericana por las intervenciones

Asistimos a un retorno de la historia entendida como la pugna por las áreas de influencia y que incluye a Rusia, a Turquía o a Irán, rememorando los pasados imperiales de su propia trayectoria pasada

militares de los últimos veinte años saldadas, en general, con rotundos fracasos, lleva a un segundo plano una de las justificaciones para mantener la OTAN, es decir, la lucha global contra el terrorismo. Ello llevó a la intervención militar directa de la Alianza en Afganistán, pero también a su humillante retirada, subordinada totalmente a las decisiones unilaterales de Estados Unidos.

Tal justificación valdría, probablemente, para encarar de forma conjunta la amenaza que surge de la situación en el Sahel. Pero no es algo prioritario para Estados Unidos, como tampoco lo es directamente la amenaza rusa sobre el flanco oriental de la Alianza.

Estados Unidos enmarca esas situaciones en su reiterada petición de que Europa reasuma sus responsabilidades en materia de seguridad y defensa, mediante un incremento sustancial de sus esfuerzos presupuestarios y en efectivos humanos y materiales. Y también enmarca el reciente debate sobre la “autonomía estratégica” de la Unión Europea y, en general, sobre su papel en el nuevo escenario geopolítico de este siglo. Hasta hace poco, las peticiones norteamericanas (que encubren también un claro apoyo a su industria de defensa) eran respondidas con evasivas europeas y con un escaso compromiso hacia una idea de defensa común, incluida la consolidación de una industria europea potente.

Pero la retirada de Afganistán o el AUKUS, junto a la creciente percepción del repliegue atlántico de Estados Unidos, ha reabierto en Europa la necesidad de reforzar un auténtico pilar propio en materia de seguridad y defensa, incluida una apuesta por proyectos industriales europeos como el FCAS o la puesta en marcha de la PESCO o del Fondo Europeo de Defensa. Ello también implica preguntarse por qué siendo la suma de los presupuestos de Defensa igual al presupuesto actual de China o cuatro veces más que el de Rusia, no se refleja en la realidad. Hay que evitar duplicidades e incompatibilidades entre sistemas diferentes y poner muchas de las capacidades en común. Incluso algunos van más allá y hablan de un ejército europeo que permita afrontar situaciones de crisis

sin el aporte directo de Estados Unidos. La idea es no repetir la vergonzosa actitud europea en la crisis de los Balcanes Occidentales en los años noventa, cuando la responsabilidad recayó básicamente en Estados Unidos.

Pero, lógicamente, tal debate debe resolverse abordando al mismo tiempo la vigencia de la OTAN y el compromiso norteamericano en una seguridad europea que, hoy por hoy, Europa no es capaz de garantizar por sí sola.

La próxima Cumbre de la Alianza en Madrid a finales de junio es una oportunidad excelente para encauzar y concretar estos debates, máxime teniendo en cuenta que deberá definirse el nuevo Concepto Estratégico para los siguientes diez años.

El reforzamiento del pilar europeo -con fuerzas especiales de intervención rápida que sean efectivas, drones, avituallamientos en vuelo de aviones de transporte, intercambios de inteligencia y compatibilidad de sistemas, etc.- debe compatibilizarse, pues, con el reforzamiento de la OTAN y su papel en el mundo. No son objetivos alternativos sino complementarios. Avanzar en una potencia industrial propia o en la interoperabilidad de las fuerzas armadas es una clara opción para la mejora de la propia eficacia de la Alianza y del reforzamiento de su capacidad disuasoria y de intervención.

Obviamente, todo ello comporta avanzar de verdad en la conformación de una auténtica Política Común Exterior, de Seguridad y de Defensa. Solo así, Europa podrá profundizar en su proyecto político de integración y ser percibido como un actor relevante.

En definitiva, más Europa, más Alianza y más vínculo atlántico. Europa y Norteamérica deben estar juntos ante el desafío sistémico a los valores compartidos y que son la base sobre la que se asientan nuestras democracias. Defendiendo cada uno sus intereses, pero buscando consensos sin equidistancias ilógicas o pretendidos roles de intermediación neutral. Hay que estar dónde debemos estar desde la confianza mutua y la seriedad de los compromisos compartidos.

Y eso implica asumir la nueva naturaleza de los conflictos, en los que el concepto de guerra híbrida, los ciberataques, el uso del espacio y del ciberespacio en el marco de la revolución digital y la utilización de las nuevas redes de comunicación devienen esenciales. Hay que invertir mucho en I+D+i y en los nuevos sistemas. Y eso es mejor hacerlo, en la medida de lo posible, en un marco común como el que establece una Alianza que debe adaptarse a un escenario muy distinto del que la vio nacer.

En ese contexto, conviene retomar el concepto de relación transatlántica más compleja y que debe incluir a América Latina. Y ahí España y Portugal deberíamos tener mucho que decir.

Hay mucho en juego y no caben las ambigüedades.